

PQ6410

.L3

v.3

1885

DEL MAESTRO

FR. LUIS DE LEON



EL LIBRO PRIMERO
DE LOS NOMBRES DE

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



INTRODUCCION
Dase razon y motivo de la

De las calamidades de nuestros tiempos, que como vemos son muchas y muy graves, una es, y no la menor de todas, muy ilustre Señor, el haber venido los hombres á disposición que les sea ponzoña, lo que les solia ser medicina y remedio. Que es también claro indicio de que se les acerca su fin, y de que el mundo está vecino á la muerte, pues la halla en la vida. Notoria cosa es, que las Escrituras que llamamos Sagradas, las inspiró Dios á los Profetas que las escribieron, para que nos fuesen en los trabajos de esta vida consuelo, y en las tinieblas y errores de ella clara y fiel luz; y para que en las llagas, que hacen en nuestras almas la pasión y el pecado, allí, como en oficina general, tuviésemos para cada uno propio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifesto que pretendió que el uso de ellas fuese común á todos, y así cuanto es de su parte, lo hizo: porque las compuso con palabras llanísimas y en lengua que era vulgar á aquellos á quien las dió primero.

EN SU ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
Á CARGO DE D. A. AVRIAL. TOMO III.

DEL MAESTRO

FR. LUIS DE LEON,

EL LIBRO PRIMERO

DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO DEL CONSEJO DE S. M. Y DEL DE LA SANTA Y GENERAL INQUISICION.

INTRODUCCION.

Dase razón y motivo de la obra.

De las calamidades de nuestros tiempos, que como vemos, son muchas y muy graves, una es, y no la menor de todas, muy ilustre Señor, el haber venido los hombres á disposición, que les sea ponzoña, lo que les solia ser medicina y remedio. Que es también claro indicio de que se les acerca su fin, y de que el mundo está vecino á la muerte, pues la halla en la vida. Notoria cosa es, que las Escrituras que llamamos Sagradas, las inspiró Dios á los Profetas que las escribieron, para que nos fuesen en los trabajos de esta vida consuelo, y en las tinieblas y errores de ella clara y fiel luz; y para que en las llagas, que hacen en nuestras almas la pasión y el pecado, allí, como en oficina general, tuviésemos para cada una propio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifesto que pretendió que el uso de ellas fuese común á todos, y así cuanto es de su parte, lo hizo: porque las compuso con palabras llanísimas y en lengua que era vulgar á aquellos á quien las dió primero.

Y después, cuando de aquellos juntamente con el verdadero conocimiento de Jesucristo, se comunicó y traspasó tam-

TOMO III.

1

010150

bien este tesoro á las gentes, hizo que se pusiesen en muchas lenguas, y casi en todas aquellas que entonces eran más generales y más comunes, porque fuesen gozadas comunmente de todos. Y así fué, que en los primeros tiempos de la Iglesia, y en no pocos años después, era gran culpa en cualquier de los fieles, no ocuparse mucho en el estudio y lección de los libros divinos. Y los eclesiásticos, y los que llamamos seculares, así los doctos, como los que carecían de letras, por esta causa trataban tanto de este conocimiento, que el cuidado de los vulgares despertaba el estudio de los que por su oficio son maestros, quiero decir, de los Prelados y Obispos: los cuales de ordinario en sus iglesias casi todos los días declaraban las santas Escrituras al pueblo, para que la lección particular, que cada uno tenía de ellas en su casa, alumbrada con la luz de aquella doctrina pública, y como regida con la voz del maestro, careciese de error y fuese causa de más señalado provecho. El cual á la verdad fué tan grande, cuanto aquel gobierno era bueno: y respondió el fruto á la sementera, como lo saben los que tienen alguna noticia de la historia de aquellos tiempos. Pero, como decía, esto que de suyo es tan bueno, y fué tan útil en aquel tiempo, la condición triste de nuestros siglos, y la experiencia de nuestra grande desventura, nos enseñan que nos es ocasión agora de muchos daños. Y así los que gobiernan la Iglesia, con maduro consejo, y como forzados de la misma necesidad, han puesto una cierta y debida tasa en este negocio; ordenando, que los libros de la Sagrada Escritura no anden en lenguas vulgares, de manera que los ignorantes los puedan leer; y como á gente animal y tosca, que ó no conocen estas riquezas, ó si las conocen, no usan bien de ellas, se las han quitado al vulgo de entre las manos.

Y si alguno se maravilla, como á la verdad es cosa que hace maravillar, que en gentes que profesaban una misma religión haya podido acontecer, que lo que antes les aprovechaba, les dañe agora, y mayormente en cosas tan sustanciales; y si desea penetrar á la origen de aqueste mal, conociendo sus fuentes; digo, que á lo que yo alcanzo, las causas de esto son dos, ignorancia y soberbia, y más soberbia que ignorancia; en los cuales males ha venido á dar poco á poco el

pueblo cristiano, decayendo de su primera virtud. La ignorancia ha estado de parte de aquellos á quien incumbe el saber y el declarar estos libros; y la soberbia de parte de los mismos, y de los demás todos, aunque en diferente manera. Porque en estos la soberbia y el pundonor de su presunción, y el título de maestros, que se arrogaban sin merecerlo, les cegaba los ojos, para que ni conociesen sus faltas, ni se persuadiesen á que les estaba bien poner estudio y cuidado en aprender lo que no sabían y se prometían saber. Y á los otros aqueste humor mismo, no sólo les quitaba la voluntad de ser enseñados en estos libros y letras, mas les persuadía también, que ellos las podían saber y entender por sí mismos. Y así presumiendo el pueblo de ser maestro, y no pudiendo, como convenia, serlo los que lo eran, ó debían de ser; convertíase la luz en tinieblas, y leer las Escrituras el vulgo le era ocasión de concebir muchos y muy perniciosos errores, que brotaban y se iban descubriendo por horas.

Mas si como los Prelados eclesiásticos pudieron quitar á los indoctos las Escrituras, pudieran también ponerlas y asentarlas en el deseo, y en el entendimiento, y en la noticia de los que las han de enseñar; fuera menos de llorar aquesta miseria. Porque estando estos, que son como cielos, llenos y ricos con la virtud de aqueste tesoro, derivárase de ellos necesariamente gran bien en los menores, que son el suelo sobre quien ellos influyen. Pero en muchos es esto tan al revés, que no sólo no saben aquestas letras, pero desprecian, ó á lo menos muestran preciarse poco; y no juzgar bien de los que las saben. Y con un pequeño gusto de ciertas cuestiones contentos é hinchados, tienen títulos de maestros Teólogos, y no tienen la Teología: de la cual, como se entiende, el principio son las cuestiones de la escuela; y el crecimiento la doctrina que escriben los santos; y el colmo y perfección, y lo más alto de ella, las letras sagradas: á cuyo entendimiento todo lo de antes, como á fin necesario, se ordena.

Mas dejando estos, y tornando á los comunes del vulgo, á este daño, de que por su culpa y soberbia se hicieron inútiles para la lección de la Escritura divina, háseles seguido otro daño, no sé si diga peor, que se han entregado sin rienda á la lección de mil libros, no solamente vanos, sino señala-

damente dañosos: los cuales como por arte del demonio, como faltaron los buenos, en nuestra edad más que en otra han crecido. Y nos ha acontecido lo que acontece á la tierra, que cuando no produce trigo, da espinas. Y digo que este segundo daño en parte vence al primero, porque en aquel pierden los hombres un grande instrumento para ser buenos, mas en este le tienen para ser malos: allí quitasele á la virtud algún gobierno, aquí dase cebo á los vicios. Porque si, como alega San Pablo (I. ad Corinth., cap. xv, v. 33), *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*; el libro torpe y dañado, que conversa con el que le lee á todas horas y á todos tiempos, qué no hará? ó cómo será posible, que no crie viciosa y mala sangre el que se mantiene de malezas y de ponzoñas? Y á la verdad, si queremos mirar en ello con atención y ser justos jueces, no podemos dejar de juzgar, sino que de estos libros perdidos y desconcertados, y de su lección, nace gran parte de los reveses y perdición que se descubren continuamente en nuestras costumbres: y de un sabor de gentilidad y de infidelidad, que los celosos del servicio de Dios sienten en ellas, que no se yo si en edad alguna del pueblo cristiano se ha sentido mayor, á mi juicio el principio, y la raíz, y la causa toda, son estos libros. Y es caso de gran compasión, que muchas personas simples y puras se pierden en este mal paso antes que se adviertan de él; y como sin saber de dónde, ó de qué, se hallan emponzoñadas, y quiebran simple y lastimosamente en esta roca encubierta. Porque muchos de estos malos escritos ordinariamente andan en las manos de mujeres doncellas y mozas, y no se recatan de ello sus padres; por donde las más veces les sale vano y sin fruto todo el demás recato que tienen.

Por lo cual, como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas, que despierten las almas ó las encaminen á la virtud; en este tiempo es así necesario, que á mi juicio todos los buenos ingenios, en quien puso Dios partes y facultad para semejante negocio, tienen obligación á ocuparse en él, componiendo en nuestra lengua par el uso común de todos algunas cosas, que, ó como nacidas de las sagradas letras, ó como allegadas y conformes á ellas, suplan por ellas cuanto es posible, con el común me-

ner de los hombres; y juntamente les quiten de las manos, sucediendo en su lugar de ellos, los libros dañosos y de vanidad.

Y aunque es verdad que algunas personas doctas y muy religiosas han trabajado en aquesto bien felizmente en muchas escrituras, que nos han dado, llenas de utilidad y pureza; mas no por eso los demás que pueden emplearse en lo mismo, se deben tener por desobligados, ni deben por eso lanzar de las manos la pluma. Pues en caso que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello sería mucho menos, no sólo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que conforme á nuestra necesidad, es menester que se escriba: así por ser los gustos de los hombres, y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya, y tan recibidas las escrituras malas, contra quien se ordenan las buenas. Y lo que en las baterías y cercos de los lugares fuertes se hace en la guerra, que los tientan por todas partes, y con todos los ingenios que nos enseña la facultad militar; eso mismo es necesario que hagan todos los buenos y doctos ingenios agora, sin que uno se descuide con otro en un mal uso tan torreado y fortificado, como es este de que vamos hablando.

Yo así lo juzgo y juzgué siempre. Y aunque me conozco por el menor de todos los que en esto que digo pueden servir á la Iglesia, siempre la deseé servir en ello como pudiese: y por mi poca salud, y muchas ocupaciones no lo he hecho hasta agora. Mas ya que la vida pasada, ocupada y trabajosa, me fué estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecución; no me parece que debo perder la ocasión de este ocio, en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto. Porque aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado; pero el favor largo del cielo que Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio de la conciencia, en medio de todos ellos, han serenado mi ánima con tanta paz, que no sólo en la enmienda de mis costumbres, sino también en el negocio y conocimiento de la verdad, veo agora, y puedo hacer lo que antes no hacía. Y háme convertido este trabajo el Señor en mi luz y salud. Y con las manos de los que me pretendían dañar ha

sacado mi bien. A cuya excelente y divina merced en alguna manera no respondería yo con el agradecimiento debido, si ahora que puedo, en la forma que puedo, y según la flaqueza de mi ingenio y mis fuerzas, no pusiese cuidado en aquesto, que á lo que yo juzgo, es tan necesario para el bien de sus fieles.

§. I.
Introdúcese en el asunto con la idea de un coloquio que tuvieron tres amigos en un deporte.

Pues á este propósito me vinieron á la memoria unos razonamientos, que en los años pasados tres amigos míos, y de mi Orden, los dos de ellos hombres de grandes letras é ingenio, tuvieron entre sí por cierta ocasión acerca de los Nombres, con que es llamado Jesucristo en la Sagrada Escritura. Los cuales me refirió á mi poco después el uno de ellos, y yo por su cualidad no los quise olvidar. Y deseando yo agora escribir alguna cosa, que fuese útil al pueblo de Cristo, hame parecido, que comenzar por sus nombres, para principio es el más feliz y de mejor anuncio; y para utilidad de los lectores la cosa de más provecho; y para mi gusto particular, la materia más dulce y más apacible de todas. Porque así como Cristo nuestro Señor es como fuente, ó por mejor decir, como Océano, que comprende en sí todo lo provechoso y lo dulce, que se reparte en los hombres; así el tratar de él, y como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso más que otro ninguno. Y por orden de buena razón se presupone á los demás tratados y conocimientos aqueste conocimiento. Porque es el fundamento de todos ellos, y es como el blanco adonde el cristiano endereza todos sus pensamientos y obras. Y así lo primero á que debemos dar asiento en el ánima es á su deseo, y por la misma razón, á su conocimiento, de quien nace, y con quien se enciende y acrecienta el deseo. Y la propia y verdadera sabiduría del hombre, es saber mucho de Cristo: y á la verdad es la más alta y más divina sabiduría de todas. Porque entenderle á él,

es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que como dice San Pablo (Ad Coloss. c. II, v. 3), están en él encerrados; y es entender el infinito amor que Dios tiene á los hombres, y la majestad de su grandeza, y el abismo de sus consejos sin suelo, y de su fuerza invencible el poder inmenso, con las demás grandezas y perfecciones que moran en Dios, y se descubren y resplandecen, más que en ninguna parte, en el misterio de Cristo. Las cuales perfecciones todas, ó gran parte de ellas, se entenderán, si entendiéremos la fuerza y la significación de los Nombres que el Espíritu Santo le da en la divina Escritura. Porque son estos Nombres como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca de esto el humano entendimiento puede entender, y le conviene que entienda.

Pues lo que en ello se platicó entonces, recorriendo yo la memoria de ello después, casi en la misma forma como á mí me fué referido, y lo más conforme que ha sido posible al hecho de la verdad, ó á su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envío agora á Vm. á cuyo servicio se enderezan todas mis cosas.

—Era por el mes de Junio, á las vueltas de la fiesta de San Juan, á tiempo que en Salamanca comienzan á cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero nombrar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré á los demás) después de una carrera tan larga como es la de un año, en la vida que allí se vive, se retiró, como á puerto sabroso, á la soledad de una granja, que como Vm. sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tor- mes, y fuéronse con él, por hacerle compañía, y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos dias, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa á la huerta que se hace delante de ella.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño se anduviéron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos